

¿EL SOCIALISMO SIN ALTERNATIVA?

IGNACIO SOTELO

MIENTRAS duró la dictadura, apenas pudimos darnos cuenta de la situación crítica por la que pasaba y sigue pasando la izquierda. Todos los afanes se centraron en la lucha contra el régimen; meta prioritaria indiscutible no podía ser otra que recobrar la libertad. En este empeño desaparecían las discrepancias entre los partidos, no quedando más que dos diferencias nítidas: en la izquierda, entre los que propugnaban la lucha armada y los que la repudiamos; en el país, entre franquistas y antifranquistas, aunque luego en la práctica las matizaciones en el grado de franquismo o de antifranquismo fuesen considerables.

La libertad que puede ofrecer una sociedad capitalista al nivel de desarrollo de la nuestra, llegó por los más inesperados conductos. Perdimos la gran batalla de derrocar al régimen, y el dictador murió en olor de carisma, rodeado de toda la pompa del poder. Contra los pronósticos de la izquierda, el régimen ha logrado hasta ahora mantener la continuidad institucional, dando prueba de una enorme flexibilidad evolutiva. La Monarquía que estableció Franco tiene visos de convertirse en Monarquía constitucional, arrojando a un Estado de derecho, legitimado democráticamente. Los que un día fueron servidores fieles de la dictadura, se presentan hoy como liberales reprimidos o demócratas moderados. La bandera de la libertad ya no es enseña exclusiva de la izquierda. Ahora es preciso discernir de qué libertad se trata. Y en la ambigüedad de las grandes palabras, cada cual hace su aliño.

En las décadas negras de los cuarenta y cincuenta, difícilmente podíamos imaginar cómo sería un día España sin Franco. Si entonces la hubiésemos podido contemplar por un agujerito, hubiéramos saltado de alegría; ahora que la tenemos ante nuestros ojos, no deja de producirnos un desencanto amargo. Tendemos a desviar la vista de las cosas importantes que han cambiado para fijarla en lo mucho que ha sobrevivido del pasado. El hombre de izquierda lo es porque no se reconcilia con lo dado.

Amargura en parte que resulta del descubrimiento vivencial de la continuidad histórica. El régimen de Franco, la antítesis cabal de cualquier sistema democrático, parece desembocar con suavidad y a su aire en lo que todos empezamos a llamar una democracia. No es plato fácil de digerir para aquellos que soñamos con la caída del régimen, con un amanecer limpio después de la larga noche del franquismo. En teoría lo supimos siempre: ni en la biografía personal ni en la historia de un pueblo puede empezarse de cero. Pero una cosa es la teoría, y muy otra experimentar día a día ese amalgama de lo nuevo y de lo viejo, que forma el verdadero entramado de la Historia.

El franquismo nos cortó la Historia, nos aisló de la Historia. Para los que nacimos con la guerra civil, la mitad decisiva de nuestras vidas ha consistido en un esperar, indignado o laborioso, resignado o activo, ese día fausto en que recuperaríamos la libertad. Hemos tenido que aguardar a que nuestro pelo encaneciera para empezar a vivir. Nada tiene de particular que en tan larga espera, nos hayamos agarrado a no pocas falsas ilusiones, fabulando sin cuento. De alguna manera había que sobrevivir.

Tuvimos que montar nuestras vidas fallidas, bien al margen de la corriente de la Historia, bien fuera del país. En ambos casos andando a la pata coja, faltándonos el complemento indispensable. ¡Qué fácil era creer en los logros de los países comunistas cuando la prensa franquis-

ta arremetía ferozmente contra ellos! Los que nos marchamos por respirar aire libre, algo nos enteramos de cómo iban las cosas por el mundo, pero al precio de un desarraigo progresivo de nuestra sociedad, que fantaseábamos a partir de unos recuerdos que cada vez diferían más de lo real. Unos y otros volvemos a encontrarnos ahora en un mismo desbordamiento, incapaces de comprender lo que está sucediendo y proclives a gritar decepcionados: "Esto no, esto no es lo que esperábamos".

Ya no cabe seguir aguardando ese día feliz en que la libertad llegaría triunfante y esperanzadora. Se nos ha evaporado como lo que era, ilusión de adolescente. La realidad política y social que hoy vivimos, con pequeñas mudanzas, podría serlo para largo. No pocos de los que tienen bien sentada la cabeza, la creen única meta realista. Los peligros de involución se perciben tan ostentosamente, que podemos darnos con un canto en los dientes si logramos aproximarnos, en instituciones y formas de vida, al resto de Europa. No nos empeñemos en buscar tres pies al gato: lo que no ha podido conseguir la izquierda italiana o francesa, en lustros de lucha, no lo vamos a alcanzar nosotros, sin organización y sin experiencia, saltando por arte de biribirloque etapas históricas. Ha sido la izquierda la que desde el siglo XVIII se ha obstinado en descubrir una lógica en la Historia. Hoy, paradójicamente, nos encontramos con una pseudoizquierda, más bien "izquierda divina" que, como nuevo creador, supone que basta querer, si se tercia con las armas en la mano, para que se haga su voluntad.

Entre un voluntarismo ciego y un realismo cada vez más acomodaticio, el hombre de izquierda se tambalea en el aire. No es la primera vez que anda por las nubes, aferrado a su utopía y ajeno por completo a lo que pasa a ras de suelo. Marx nos fascinó por el esfuerzo gigantesco de vincular la utopía de la libertad a los datos más concretos del mundo real, tendiendo un puente "dialéctico" entre el análisis económico y la metafísica del "hombre total" y de la "sociedad comunista". Ya no parece tan seguro que este puente, tal como lo construyó Marx, sea históricamente transitable, pero en la necesidad de tenderlo, en el afán de mantenerse fiel a la realidad dada y a la utopía pensada, cualquier hombre de izquierda se descubre su discípulo.

Los españoles vivimos aislados; pero no me menos recluida ha vivido la izquierda europea, confinada en su propia jerga e ignorante de todo lo que no venía garantizado con el marchamo de marxista. Petrificada en categorías que ya han cumplido el siglo, hasta hace bien poco se indignaba ante la constatación—que no por trivial deja de ser menos cierta—de que nuestro mundo poco se parece al que criticaron los clásicos del socialismo. Mas no basta con reconocerlo así en general. Es preciso señalar con nitidez en qué radican las diferencias y qué significan estos cambios cualitativos, desde la perspectiva de nuestra utopía: la realización de la libertad. Para ello hay que atreverse a pensar otras ideas y a leer otros libros que los que hasta ahora han constituido el arsenal del socialismo.

No poco revuelo produjo en Italia el que Norberto Bobbio resumiera la situación actual en el dilema: o capitalismo con democracia, o socialismo sin ella. Si aceptamos la denominación de socialista para los países que así se definen—en este punto toda precaución es poca, y el hacerme me parece fuente de muchos errores—entonces el juicio de Bobbio, como análisis de realidad, parece incontrovertible. El llamado "socialismo real" niega la democracia, y las consecuencias son tan terribles que es preciso recusarlo con todo vigor. En cambio, en los países desarrollados de Occidente, en los que se ha mantenido la

democracia, a pesar de los Gobiernos socialdemócratas, poco se ha avanzado hacia el socialismo. Ello no quiere decir, no lo pretende Bobbio, que sea imposible una democracia socialista. Lo que sí hay que manifestar abiertamente es que semejante democracia no existe en ninguna parte, más grave todavía, ni siquiera sabemos muy bien en qué pueda consistir—están en debate distintos modelos, entre los que el autogestionario cuenta hoy con mayor número de adeptos—, desde luego, tenemos nociones claras de cómo llegar a realizarla.

Durante décadas, la izquierda europea vivió en la creencia de que bien el modelo leninista, tal como se puso en práctica en la Unión Soviética, bien el reformismo socialdemócrata de la Europa del Norte, conducía al socialismo. Desde una u otra posición, definirse socialista implicaba algo muy concreto, al referirse a un modelo real, que debía verificarse y criticarse empíricamente. Lo que caracteriza hoy al pensamiento socialista digno de este nombre, es partir de una disolución crítica, tanto del modelo leninista como del socialdemócrata, al revelarse ambos como absolutamente impropios para avanzar hacia el socialismo. El modelo soviético desemboca en un "colectivismo burocrático" que remeda formas del despotismo estamental, anteriores a la revolución política de la burguesía, de interés para los países subdesarrollados del llamado Tercer Mundo, confrontados con problemas semejantes en su empeño de conseguir un rápido despliegue de las fuerzas productivas, pero completamente inservible para las sociedades avanzadas del Atlántico Norte. El modelo socialdemócrata, lejos de terminar por cuestionar el orden capitalista paulatinamente y a largo plazo, no ha hecho más que apuntarlo. En los momentos de crisis, en vez de intentar resolverla modificando el sistema, se muestra su más fuerte valedor, contritiendo, si para salvar el capitalismo pareciera necesario, hasta los principios democráticos más elementales.

Retornamos así a la situación que precedió a la primera guerra mundial, en la que el socialismo era también un futuro esperado y no realidad vivida, pero con una experiencia histórica auestas que invalida gran parte de los supuestos por los que entonces se contó con su pronto advenimiento. Mal que nos pese, si asumimos consistentemente este último medio siglo—con las barbaries fascista, estalinista y no por su mayor refinamiento e hipocresía, no menos inhumana represión imperialista del capitalismo avanzado—, el menor intento de análisis serio nos llevará a desprendernos de no pocas ilusiones, falsas premisas y conclusiones precipitadas que hasta hace poco pasaron en los medios de izquierda por verdades científicas irrefutables.

Nunca antes el hombre de izquierda había sentido un abismo tan grande entre su afán de conseguir una sociedad libre y humana, y la falta de conocimientos y medios para alcanzarla. El desencanto amargo que vive la izquierda española corresponde al que experimenta la europea. En ambas, y de manera cada vez más alarmante, se tiende a recubrir la propia indigencia teórica con la ortodoxia dogmática, esforzándose en encontrar con las armas en la mano una salida a este oscuro laberinto. Existe una relación innegable entre la impotencia vivida de la izquierda y el aumento de acciones terroristas. Pero la violencia de los pequeños grupos refuerza tan sólo las tendencias reaccionarias del capitalismo avanzado, legitimando, en último término, la violencia que crea el sistema. No hay alternativa sin una revisión a fondo de los supuestos teóricos de la izquierda. No cabe transformar la realidad si no se parte de su conocimiento objetivo. Elemental, pero no por mucho que se exalten los impacientes menos verdaderos. ■